

## **Papelera Vacía, Ser Vacío**

### *Una breve autobiografía*

Nací en el área de Filadelfia en 1953, por lo que tuve la gran fortuna de crecer rodeado de la libertad y la apertura de los años sesentas. Pidiendo aventón con amigos para ir al Festival de Woodstock a los quince años, aprendiendo a tocar los tambores – y metiéndome en muchos problemas. Huyendo de lo que no podíamos soportar: la hipocresía, el materialismo, las convenciones y la mediocridad, muchos de nosotros buscábamos algo desesperadamente, pero no sabíamos qué. Algunos murieron en la búsqueda. Fácilmente encontrábamos a los culpables afuera de nosotros; encontrar las semillas de nuestro descontento *dentro de nosotros*, era otro asunto.

Muchos de nosotros, también prematuramente, “habíamos terminado” con las tradiciones religiosas de nuestros padres. Y en esos tiempos había cantidad de alternativas: yoga, Hinduismo, Budismo, Zen. No obstante, eran parte del problema porque se mezclaban con otras formas de escapar y con atajos más peligrosos para “sentirse bien” como las drogas y el sexo – dos mercancías ampliamente disponibles en la contra-cultura de los sesentas.

Para mí, uno de los factores disparadores fue la separación y eventual divorcio de mis padres cuando era niño. Yo era tan inseguro que no había ni un alma con la que pudiera tener la confianza de hablar. Uno de mis recuerdos tempranos fue la vez en la que por fin hablé. Tenía como seis años, estaba acostado en mi cama en el piso de arriba tratando de dormir cuando, de pronto, el miedo a la muerte se apoderó de la boca de mi estómago. Sin importar como intentara salir de ese miedo, no podía escapar. Podía vivir cien años, pero

[173]

con seguridad, eventualmente, moriría. Al cabo de un tiempo, cuando ya no podía lidiar con ello, corrí por las escaleras hacia el piso de abajo con mi pijama y, en medio de un grupo de adultos reunidos, exclamé, “¡Tengo miedo de morir!”. Después de que el sobresalto momentáneo de mi estallido se disipó, y de que las sonrisas y risas regresaron a las caras, una mujer se acercó e intentó consolarme diciéndome algo como “¡No te preocupes por eso! Todo va a estar bien, solo regresa a la cama”.

Bueno, yo regresé. Pero me sentí aún peor porque había visto el mismo miedo en los ojos de los adultos; ellos tampoco parecían tener una respuesta. Lo que aprendí de ese encuentro fue que debía mantener la boca cerrada respecto a esos temas y usar una máscara como todos los demás. Una lección miserable.

Desafortunadamente, ir a la iglesia no ayudó. Un domingo, escuchando el sermón del fuego y del azufre del ministro, pensé algo como “Él está tratando de que me asuste el

infierno y que quiera ir al cielo. No sé si hay Dios o no, pero yo no quiero lo que este ministro está vendiendo. Mejor ir al infierno con una conciencia clara”.

Si en ese momento alguien me hubiera dicho que finalmente dedicaría mi vida a la práctica religiosa, hubiera pensado estaba loco. Así, mientras mi callada desesperación crecía, la Fe Cristiana no parecía ser un camino viable. Sólo mucho tiempo después, cuando fui a la universidad y estudié religiones comparadas, empecé a ver la grandeza de la Fe Cristiana. Extrañamente, fue a través de mi contacto con el budismo como empecé a apreciar el cristianismo. Sin embargo, debido a mis dudas sobre la existencia de Dios, predicada desde el púlpito, el cristianismo no era una fe de vida para mí.

Otro recuerdo temprano que me dejó una impresión indeleble ocurrió saliendo del local del “Club de Niños” con algunos amigos, un día de verano. Mientras nosotros bajábamos los escalones, un niño venía subiendo solo. No sé si era debido a unas quemaduras o a una deformidad de nacimiento o qué, pero en lugar de orejas

[174]

tenía lo que se veían como hojas de col, y su nariz y boca no eran más que arrugas y manchas en su cara abandonada. Mis amigos y yo nos giramos y lo miramos de reojo desde abajo de las escaleras, y entonces uno de mis amigos gritó, “¡Miren a ese niño!” El niño, ahora temblando en la parte de arriba de las escaleras, se volteó y le suplicó a su madre, que estaba sentada dentro de su coche en la calle: “¡No quiero entrar mamá, por favor, no me obligues!” Su madre respondió, en un tono firme aunque cansado, que todo estaría bien, que simplemente entrara.

En ese momento, inexplicablemente, todo se concentró en mi pequeño y tembloroso pecho. Yo *era* ese pobre niño; su dolor era el mío. Más aún, también me identificaba con su madre, que lo impulsaba a entrar de todas formas. Compartía el horror que mi amigo sintió cuando gritó – y sabía que estaba completamente mal hacer eso. Todo lo que pude hacer fue quedarme ahí de pie, paralizado, con todos estos pensamientos y emociones en conflicto atravesándome. Herido hasta los huesos por el intenso dolor de ese niño, y por todas las otras emociones intolerables que surgieron en ese instante, en los escalones del Club de Niños esa tarde de verano.

El shock con el tiempo se desvaneció, pero dejó a su paso la convicción de que yo debía, de alguna manera, aliviar ese dolor y ese sufrimiento intolerables. Pero ¿cómo?, ¿subir de nuevo los escalones y regresarle la confianza a ese niño?: “Vamos, yo iré contigo, podemos jugar ping pong”. En ese entonces no sabía ni podía actuar. Pero una cosa sí era segura: debía reaccionar al sufrimiento o, al parecer, éste estallaría.

Sin entrar en detalles sórdidos, pronto comencé a meterme en todo tipo de problemas como niño rebelde. Baste mencionar que, tiempo después, me encontré a mi amigo Larry, quien me contó lo bien que le estaba yendo a uno de nuestros amigos mutuos. Ese chico estaba *realmente* loco, así que cuando Larry me dijo que ahora tenía un trabajo y un departamento, exclamé “¡Me sorprende que siga vivo!” Y la respuesta de Larry fue “Qué gracioso. Él dijo lo mismo de ti.” Mi pobre madre resumió años después:

[175]

“Cada vez que la policía venía a tocar la puerta, era para algo relacionado con el pequeño Jeffie”.

Afortunadamente, mi hermana gemela Jean ayudó a mantenerme de alguna manera con los pies en la tierra. Otra maravilla que me salvó en mi juventud fue el bosque que rodeaba el Condado Wissahickon cerca de nuestra casa; la maravillosa sensación de estar envuelto en la naturaleza.

En la preparatoria yo estaba en el programa “estudio/trabajo” porque necesitábamos el dinero y, a diferencia de mis dos hermanos mayores y mi hermana gemela, no me estaba yendo muy bien en los estudios. Salir de la preparatoria después de la hora de la comida para trabajar recolectando basura en la tienda local “Gimbel’s Department Store” terminó siendo una bendición encubierta. Ya que fue por la pequeña estantería de libros de la tienda Gimbel’s que me encontré con el libro de D.T. Suzuki *Una Introducción al Budismo Zen*. Lo leí durante varias noches después que la tienda cerraba, cuando yo supuestamente debía estar trapeando el piso. Aquí ocurrió un acercamiento a la religión que de hecho empezó con el problema del sufrimiento. Yo podía relacionarlo con eso. Y, además, las historias Zen eran tremendamente claras.

\* \* \*

En 1971 logré entrar en la Universidad de Temple, en mi ciudad natal en Filadelfia, fue la única universidad en la que solicité lugar debido a que era la única que para la que podíamos tener los recursos. En ese tiempo, mi madre estaba trabajando ahí como secretaria, de modo que sus hijos podíamos tener enseñanza gratuita. Mi hermano mayor Bill, había tomado un curso de budismo en el Departamento de Religión y me contó lo que había en el aire: primero toma el curso de budismo, luego toma el curso de Zen con este hombre De Martino – ¡él realmente te volará la mente! Haciendo un recuento, esa fue una de las pocas veces que seguí el consejo de mi hermano mediano. Y nunca volví a ser el mismo.

Richard De Martino había estudiado con D.T. Suzuki en Japón después de la Segunda Guerra Mundial y luego practicó con el reconocido laico Zen Shin’ichi Hisamatsu. De Martino era brillante y, además, tenía su forma de llegar al grano. En mi primer año de estudiante fui invitado al

[176]

Programa de Honor del Departamento de Filosofía, donde aprendía todo tipo de cosas interesantes. De Martino, sin embargo, tenía una forma de moverme el tapete haciéndome las preguntas más sencillas. “¿De dónde”, por ejemplo, “venimos realmente?” De alguna manera, cuándo él preguntaba eso, no era nuestro lugar de nacimiento lo que estaba en cuestión. “¿A dónde”, continuaba él, “vamos realmente?” Y no estaba hablando del final de la vida. “Y si realmente quieres pensar en ello, ¿en esencia, dónde estamos justo ahora?”.

Sobre lo cual no tenía ni idea. Ahí estaba estudiando la crítica de la razón pura de Kant y su imperativo categórico. Pero no tenía idea de dónde venía, a dónde iba y, para el caso, quién demonios era yo. Por años estuve dando vueltas en un estado de sobresalto existencial, completa y literalmente mareado y confundido, una insistente duda comiéndose el piso bajo mis pies.

Una vez me lancé precipitadamente a la oficina de De Martino para enseñarle un artículo que había escrito para otro curso, comparando el YO en el Budismo Zen y en la psicología analítica de Jung. Él miró el título, subió sus hombros y lo aventó sobre su escritorio. Luego me miró a los ojos y me dijo “Eso está bien. Ahora, ¿no crees que deberías acercarte al problema a mano?”

Por esa época, ocasionalmente solía pedir aventón a la escuela y parecía que siempre me recogía el mismo tipo de persona – un próspero hombre de negocios. La discusión invariablemente tomaba la misma dirección mientras avanzábamos todo derecho por la calle Broad Street. “¿Qué estás estudiando?” “Filosofía y Religión”. “¿Y qué rayos vas a hacer con eso – cobrar por tener pensamientos profundos?” Él se sonreía mientras yo empezaba a aplastarme en su lujoso asiento de pasajeros, preparándome para la embestida. Yo murmuro algo acerca de “querer aprender y entender cosas”. El procede a aleccionarme, durante el resto del aventón, acerca de lo rápido que él ganó sus primeros cien mil, y acerca de que este no era

[177]

el único auto de su propiedad - ellos siempre tenían un par más “en la tienda”.

Recordando esto ahora, esos emprendedores tenían un punto que enseñar a un chico ingenuo e idealista como yo. Sin embargo, yo debía continuar este camino. Y, afortunadamente, nunca tuve problemas para mantenerme. Ni me arrepentí de mi “idealismo”. Si eres llamado a seguir este camino, dedícate a él con todo tu corazón y tu alma. Y escucha bien lo que dicen los demás – pero nunca ignores la llamada que resuena en las silenciosas profundidades de tu interior.

Pensando equivocadamente que debía seguir los pasos de De Martino y articularlo filosóficamente, terminé haciendo un “gran doble” en religión y filosofía en la Universidad de Temple. Luego, en 1976, fui a la Universidad de Hawai para un posgrado, estudiando en el Departamento de Filosofía y trabajando como profesor asistente en el Departamento de Religión. Quizás lo más valioso que aprendí de todo eso fue que yo no soy un filósofo y que la universidad es un lugar maravilloso para aprender, pero no es un lugar para resolver estos asuntos.

Poco después de llegar a Honolulu en el verano de 1976, hice un retiro en el Zendo de Robert Aitken, cerca del campus de la universidad en el exuberante Valle de Manoa. Batallando todavía, sin llegar a ningún lado, con el *koan* “Mu”, comiendo extraña comida vegetariana – incluso el *zazen* parecía particularmente doloroso ya que nos sentábamos mirando a la pared y no frente a los demás, como yo estaba acostumbrado. Tuve una gran decepción.

No obstante, unos días más tarde, cocinando la cena en casa, un intenso olor a ajo emanó del pan frito y yo realicé “Mu”. ¡Sin duda yo *soy* Mu! – todo era transparente y vibrante. Emocionado, a la mañana siguiente fui temprano al Zendo para confirmarlo.

Pero incluso este supuesto logro jugó en mi contra conforme me fui enorgulleciendo de él, apegado a mi supuesto desprendimiento, encadenado a mi recién encontrada libertad. Envuelto en la oscuridad por tanto tiempo, incluso una pequeña flama parece una alborada.

[178]

Ahí estaba yo escribiendo artículos sobre Zen e iluminación y eligiendo las palabras correctas. Pero desde una buena, inquisitiva mirada hacia mi mismo, debo admitir que, tanto como creía lo que estaba escribiendo, no estaba realmente viviéndolo. Finalmente una crisis personal, cuyos detalles pueden ser omitidos aquí, puso todo en su lugar. ¡Más que aligerar el sufrimiento de otros, seguía causando sufrimiento a aquellos a quienes amaba! Era el mismo imbécil de antes. Tener una revelación puede hacer más daño que bien si uno no está listo para ella.

Recibí un Título de Maestría en Filosofía de la Universidad de Hawai en 1978 y regresé, con la cola entre las patas, a mi ciudad natal en Filadelfia. Ahí pasé algunos años más asistiendo al posgrado en religión en la Universidad de Temple, principalmente tomando las clases de De Martino mientras trabajaba como asistente de investigación. Y me sentaba en *zazen*. Interminables horas, días, semanas y meses, fueron consumidos desesperadamente tratando de entender. Pero por mi vida que no podía. En ese tiempo, es así como expresé el nivel mas bajo de mis desesperanzas:

Soy tan solo un hombre solitario  
Tratando de ser un hombre santo.  
Incapaz de tomar tu mano  
O incluso de pronunciar una afirmación honesta  
Ni siquiera haciendo mi mejor esfuerzo.

Habiendo tocando fondo, decidí abandonar todo, ahorrar algo de dinero, aprender algo de japonés y lanzarme a un monasterio en Japón. Tanto como era posible, trabajé los turnos de madrugada y los turnos dobles como ayudante en el hospital psiquiátrico de un amigo (Quaker). Luego renté una habitación pequeña en los campos del hospital y cuando el día de mi partida a Japón se aproximaba, retiré el poco mobiliario que había y me senté en una sábana en el piso, más o menos durante el último mes. Entonces, estaba relativamente bien preparado

[179]

para la vida en Japón, cuando llegué, en el verano de 1981, a los 28 años. Nada, sin embargo, puede prepararte para un monasterio de entrenamiento Rinzai Zen.

\* \* \*

Poco después de llegar a Kyoto, recibí permiso para vivir en Reiun'in, el templo en el área del complejo del Monasterio Myoshinji Rinzai donde el abad Mumon Yamada estaba viviendo en semi-retiro. Ahí mi cabeza fue rapada y me preparé para entrar a Shofukuji, el monasterio de entrenamiento Myoshinji en Kobe, donde asistí regularmente a retiros-sesshin durante mi primer año en Japón y, en 1982, me fui a vivir con los monjes para un periodo de entrenamiento de varios meses.

Con frecuencia el abad Mumon Yamada recibía como regalo comida refinada, que amablemente compartía con nosotros en Reiun'in. Para variar, en vez de arroz tendríamos fideos en la comida de medio día. Sirviendo como *Tenzo*-cocinero, un día preparé los fideos y no noté que los paquetes elegantemente envueltos de *soba* (fideos de trigo integral) no eran los que se servían usualmente, sino raciones triples. Entonces hice comida como para treinta personas en vez de para diez. Comimos todo lo que pudimos, pero sobró una montaña de fideos y el monje jefe me advirtió: tienes que hacer algo con esto para la comida de la tarde; no puede sobrar nada al final del día.

De acuerdo, pensé, haré *yaki-soba* (fideos fritos). No los había hecho nunca, pero aun así, eché un poco de mantequilla a la cacerola, luego un poco de salsa de soya, etc. Pero los fideos parecían volverse más pegajosos e incluso más grandes.

Cuando serví la comida para que mis compañeros monjes comieran, el monje jefe le echó una mirada, colocó un poco en su plato hondo-bowl y lentamente la sorbió. Todos, incluido yo, lo miramos. El monje jefe entonces volteó hacia mí y, en simple japonés, que incluso yo pude entender en ese entonces, dijo: “Hoy, día muy especial. Trae fideos”. Así que llevé el enorme platón de fideos y lo seguí a él y a los otros monjes

[180]

solemnemente al jardín, donde dijo, “Trae pala”. “Cava agujero” “Entierra fideo”. Todos recitamos *el Sutra del Corazón* y luego él dijo “Hoy, día muy especial. Hacemos una ofrenda al dios jardín”. Luego uno de los monjes experimentados fue en bicicleta a traer comida de fuera del monasterio para todos nosotros. Pero no habíamos desperdiciado nada – habíamos hecho una ofrenda especial al dios jardín.

En otra ocasión, decidí agregarle muchas verduras a la sopa de *miso*. Los días se estaban haciendo más cortos y empezaba a hacer frío afuera. Teníamos muchas verduras en el jardín y yo estaba cansado del caldo ligero que comíamos todos los días. Así que tomé algunas cosas, incluyendo un paquete de hongos que encontré en un estante. Esto es bueno, pensé.

Por alguna razón, el monje jefe venía de vez en cuando a la cocina a supervisarme. Cuando vio lo que estaba haciendo exclamó: “¿Qué estás haciendo? ¡Esta debería ser sopa de *miso*, no estofado!” Cuando intenté explicarle las virtudes de una comida sustanciosa me

gritó que estaba destruyendo una tradición de seiscientos años del antiguo templo. En ese momento, el maestro Zen apareció en la cocina. Inmediatamente midió la situación y supo exactamente que hacer: ¡con una sonrisa casi imperceptible se volteó y se fue!

Entonces el monje jefe saco con un cucharón algo de “estofado”. Abrió sus ojos bien grandes y gritó: “¿De dónde sacaste estos?” Yo dije “Estaban en un paquete en la estantería”. “¿Cuántos echaste?” Bueno, se supone que los monjes Zen no deben hacer las cosas a medias ¿no? “¡Pusiste en la sopa unos extraordinarios hongos Matsutake que valen mil dólares!”. En cualquier caso, *esa* comida no la enterramos.

Suficiente sobre la vida en el *templo* – una especie de campamento Zen de verano. Un monasterio de entrenamiento Rinzaï Zen es otra historia. Ahí las varas *Keisaku* – “varas de la compasión” se rompían regularmente sobre nuestras espaldas mientras el chiflido del invierno entraba por las ventanas ampliamente abiertas. Incluso cerradas, eran solamente de papel. Todo lo que puedo decir es, gracias a dios que estaba desesperado cuando

[181]

ingresé. Un auténtico monasterio Zen es la última estación de veraneo. Si tienes *cualquier* alternativa, que no sea destructiva, tómalas. Como Dick De Martino solía decir, si el ego tiene alguna manera de escapar, la usa. Un monasterio de entrenamiento está construido para minimizar esas rutas de escape. Si tú estas realmente listo para enfrentarte a ti mismo, este es el mejor lugar.

Una tarde calurosa mientras vivía en el monasterio de entrenamiento Shofukuji en Kobe estábamos en las colinas cortando madera. Un monje superior me envió abajo por té y dulces para el descanso. Me apresuré a bajar, preparé el té, cargué todo ascendiendo por la colina y todo para ser recibido con un “¡Llegas tarde!” Entregando las tazas de té, los dulces, y sirviendo el té a todos mis compañeros monjes tuve, finalmente, un momento para sentarme y estaba a punto de servirme un poco de té cuando el monje superior me pidió más. Tras ofrecer té a todos de nuevo, finalmente me senté y me iba a servir esa bebida que tanto necesitaba. La tetera estaba vacía. Monje superior: “¡El descanso se ha terminado – volver al trabajo!” Por un momento realmente me enojé, pero después me di cuenta de la preciada oportunidad que tuve para captar el surgimiento del “YO”. No hay mejor maestro que ese.

Puedes tener el mejor maestro del mundo; pero ¿qué bien puede hacer si no doblémos al “YO”? Una de las facetas más admirable de la práctica Zen sostenida es que un verdadero maestro nunca dejará que la disciplina lo convierta en “el maestro”. En la auténtica práctica *koan* cualquier rastro del “yo mismo” debe ser desechado: intelecto, emoción y voluntad. Más, aún, el maestro simplemente permanece como es, un muro formidable esperando a que nosotros entremos a la total disolución del “yo mismo”. No hay ninguna otra manera. Así, él no ofrece ninguna. No hay mayor compasión que esa.

\* \* \*

Después de un año en Myoshinji tanteando el terreno, un amigo japonés me sugirió presentar mis respetos a un maestro que recientemente había re-abierto el monasterio de entrenamiento Tofukuji, en el sudeste de Kyoto. En el verano de 1982, un año después

[182]

de haber llegado a Japón, conocí a Keido Fukushima, quien entonces era el maestro Zen del monasterio de entrenamiento Tofukuji y es ahora abad. Resultó que, igual que yo, había estudiado en la universidad antes de entrar al monasterio a una edad relativamente tardía de 28 años. Cuando él me dijo que había practicado con Zenkei Shiabayama de Nanzenji, quien había muerto en 1974, nuestro destino estaba escrito. El libro clásico de Shibayama, *Zen Comments on the Mumonkan (Comentarios Zen sobre el Mumonkan)*, re-publicado más tarde como *The Gateless Barrier (La Barrera sin Puerta)* fue uno de los libros que me inspiraron para venir a Japón en primer lugar.

Fukushima me permitió practicar con los monjes en el monasterio y hacer entrenamiento formal *koan*. Por algunos años pasé la mayor parte de mi tiempo sentándome con los monjes y pasando noches en la sala de los laicos a un costado de la sala de entrenamiento de los monjes. En ese tiempo, un hablante nativo de inglés podía trabajar sólo algunas horas a la semana enseñando el idioma y ganar lo suficiente para sobrevivir.

Yo había decidido practicar como laico más que como monje cuando me di cuenta cuánta disciplina implicaba de hecho la carrera de entrenamiento para llegar a ser un sacerdote japonés, realizar rituales, servicios funerarios, ceremonias, etc. Un anciano monje japonés amigo, quien se había entrenado extensivamente en varios monasterios, estuvo de acuerdo con mi decisión, pero me advirtió: “Si vas a hacer esto como laico, tendrás que sentarte más intensamente que los monjes”. Ya casi había arruinado mi salud, especialmente mis rodillas, tratando de mantener las largas horas sentado y la ronda anual de horarios de 3 a.m. a 11 p.m. ¡Sentarse mas duro parecía simplemente imposible! Desde entonces, sin embargo, aprendí algo acerca de los monjes. Y, más importante, acerca de mí mismo. El anciano monje, tenía razón.

Poco después de llegar a Japón, había conocido a varios occidentales que habían pasado algún tiempo en monasterios Zen, pero habían renunciado disgustados por la corrupción y la hipocresía. Los problemas que ellos vieron existían, es cierto. Pero cuando les preguntaba “¿Y realmente te entregaste a la práctica completamente?” ellos usualmente

[183]

respondían algo como “¿Cómo iba a poder con toda esa corrupción ocurriendo?”

De modo que, al entrar al monasterio juré mantener mi boca cerrada por diez años y sólo comprometerme a la práctica de todo corazón sin mirar hacia adelante ni hacia atrás – ni hacia los lados. Una sabia decisión. Durante los diciembres haría tres retiros- *sesshin* de una



semana de duración: dos en el monasterio y uno con el grupo laico FAS inspirado por Hisamatsu.

Una cosa es leer libros sobre la práctica Zen, o incluso practicar en centros Zen occidentales. Otra cosa distinta es entrenar en un auténtico monasterio aquí. No sé cuántos occidentales han encontrado su camino a Kyoto diciendo que estaban listos para la práctica Zen en Japón. Sólo para empacar sus maletas tras un par de días en el monasterio. Ellos descubrieron en esos pocos días, una vez que el régimen real del monasterio diluyera su mística ingenua de libro-Zen, que lo que realmente querían era ¡andar en bicicleta por el Tíbet o aprender a jugar el *shakuhachi*!

Disculpa, no hay nada de malo con esos propósitos; no me importaría hacer esas cosas algún día yo mismo. Pero ¿qué ocurrió con su decisión inicial? Un monasterio Zen no es el lugar para aprender *shakuhachi* o caligrafía. Existen otros lugares para hacer eso. Un monasterio Zen real es el lugar para abandonar tu vida por el Dharma y llegar al fondo de nosotros mismos, de una vez por todas. De otra manera, sólo estamos perdiendo nuestro tiempo.

No obstante, a través de los años, ha crecido enormemente mi respeto hacia aquellos que se han quedado en sus casas y están trabajando genuinamente desde ahí. En cierto sentido, yo tomé el camino fácil abandonando todo y huyendo a un monasterio en Japón. La práctica Zen occidental es esencialmente práctica laica, incluso en algunas personas que llevan la vestimenta y demás implementos para comportarse como lejanos orientales. Después de todo, resulta anacrónico tratar de imitar el culto oriental en el occidente. Francamente, incluso el Zen en Japón es una especie de práctica de monje-laico

[184]

ya que los preceptos y el estilo de vida budistas no se mantienen estrictamente.

A pesar de que hay algo que decir acerca de intentar desarrollar un estilo monástico de vida genuinamente Zen en Occidente, el punto realmente es desarrollar una práctica laica que funcione. Es allí donde recae el futuro del budismo global. La verdadera dificultad de la práctica laica es empezar. Claro, si estás listo y dispuesto a lanzarte a un auténtico monasterio por un tiempo, es una oportunidad muy muy preciada. Haz todo lo que puedas para ir.

Pero entonces debe funcionar y hacerse real en nuestro mundo y en nuestras vidas. De otra manera, solamente estamos escapando, engrasando nuestros engranes mentales, o imitando servilmente una cultura extranjera. Nada de esto tiene que ver con vivir la verdad.

En términos de la práctica *zazen*, lo que pasa a menudo es que el pensamiento discursivo puede incrementarse al principio, en vez de disminuir. Esto puede ser bastante frustrante e incluso puede causar que algunos abandonen el *zazen*. La práctica paciente y sostenida no puede enfatizarse lo suficiente, si no se acompaña del conocimiento y la experiencia en técnicas básicas de meditación budista.

Entrar consistentemente en *samadhi* profundo y mantenerlo en la actividad diaria es esencial para tomar un *koan*. De otra manera –y perdonen la expresión, pero es bastante precisa – el resultado suele ser la masturbación mental: pensamientos interesantes, sentimientos, interpretaciones, descubrimientos, experiencias, ninguna de las cuales tiene que ver con el *koan*.

Lo mismo que ocurre con el *zazen*, ocurre con el *koan*: al principio es imposible identificarse completamente con él. Pero conforme vamos siendo conducidos por nuestra propia naturaleza, el *koan* quemante, las dificultades que encontramos en el camino ya no pueden ser un obstáculo real. El problema con un tradicional, dado, *koan*, es que primero debemos trabajar en él hasta que llegue a ser nuestro.

Fluyendo hacia la práctica, el *koan* eventualmente se depositó en la boca de mi estómago, a pesar de las fluctuaciones de las percepciones discursivas. Entonces, no podría extraer el *koan*, incluso si lo intentara. El *koan* dado debe hacerse nuestro, parte de nuestro yo mismo, completamente. A partir de aquí, donde no hay ningún lugar al que ir, de hecho, es un asunto de gran confianza y determinación.

Dejemos que la fruta madure naturalmente viviendo la vida propia y manteniéndonos estables, la práctica de la eterna maduración, dedicados a ella sin preocuparnos por sus resultados o beneficios. No estén preocupados ni se sientan engañados por sus percepciones y sus experiencias, por más maravillosas que éstas parezcan. No conviertan la práctica, las experiencias o las percepciones en algo, en nada. Pueden inspirar; pero también pueden distraer.

Entonces, cuando la fruta esté madura, naturalmente caerá del árbol. El momento de esa caída no está determinado, ni puede ser forzado. Y cuando cae, ¿qué sucede? Simplemente se convierte en nutrientes para otros.

¿Cómo podremos agradecer a aquellos que nos ayudaron en el camino? ¿Cómo podemos recompensar nuestra deuda incalculable? Yo batallé con esto durante algún tiempo. Por supuesto, hay algunas cosas prácticas que podemos hacer para ayudar, en Japón se respeta mucho la costumbre de llevar regalos en ciertos momentos del año. Un lindo gesto, pero difícilmente suficiente. Además, ellos son los que menos necesitan esas cosas. Y varios de ellos han muerto ya. Eventualmente empecé a comprender: lo que debemos hacer es girarnos y ayudar al menos un poco a aquellos que vienen a buscarnos como nosotros hicimos alguna vez. Así es como podemos empezar a pagar nuestra incalculable deuda.

\* \* \*

Hace algunos años mi hermana gemela Jean visitó Kyoto y yo la llevé al Río Kamo, que pasa por la ciudad. Tomamos las urnas con algo de las cenizas de nuestros desaparecidos madre y padre y las vertimos al río para que floten juntas hacia el mar. Tuvieron un divorcio muy desafortunado y no pudieron superarlo en vida. Era cuestión de tiempo.

Mirando mi vida hacia atrás, me sorprendo de las bendiciones y la buena fortuna en ella. Los sesentas los pasé creciendo, los setentas aprendiendo, los ochentas tranquilamente en el monasterio, los noventas empezando a pagar mi enorme deuda. Ahora como profesor del Rinzai-afiliado a la Universidad de Hanazono de Kyoto, mi objetivo es llevar el Zen a la vida del mundo moderno. Con una esposa japonesa que apoya fuertemente a su esposo en sus inútiles actividades, un hijo bilingüe que a veces acompaña a su padre en el zazen, y con maravillosos amigos de Dharma en todo el mundo. Una verdadera bendición.

Sin duda, sigo siendo el mismo imbécil. Pero, de alguna manera, ahora puedo vivir con ello.

[187]